

LA ECONOMIA POLITICA DE ADAM SMITH COMO CIENCIA SOCIAL

Julio GÓMEZ PADILLA

RESUMEN: El autor hace ver que Adam Smith es fundamentalmente diferente a los neoclásicos, tanto por basar el estudio de la sociedad en el análisis del modo de producción, como porque su método en vez de constituirse por la deducción que parte de «premisas prejuiciosamente aceptadas», lo hace de los hechos mismos. Por otro lado, el análisis sociológico de Smith, lo lleva a una concepción materialista de las clases sociales y, además, a un individualismo que formaba parte de la ideología política de la clase social que en su tiempo estaba cambiando la sociedad; y, en esto Smith es opuesto a la «ciencia social» de la burguesía actual.

Las efemérides de la publicación de la *Riqueza de las Naciones* de Adam Smith, hace doscientos años, cobra especial relieve en nuestra época, por la base materialista y racionalista de esta obra, que contrasta con las modas seudo científicas (por las exageraciones en la investigación empírica y circunstancial, sin sistema) de la Sociología burguesa actual. El ahondamiento de la crisis general del capitalismo, la agudización de la lucha de clases y el auge y crecimiento de la influencia del socialismo a escala mundial, determinan que los sectores dominantes y los ideólogos del campo imperialista recurran, desesperadamente, a distintos medios para ejercer influjo sobre los pueblos, desorientarlos en cuanto a la naturaleza y funcionamiento de la sociedad humana y manipularlos. No es casual de ninguna manera que las pululantes y desgobernadas teorías burguesas y peque-

El Comité Editorial

ño-burguesas de hoy sobre la economía y los procesos sociales, expresivas de uno u otro modo de los intereses misceláneos de las diversas capas o grupos privilegiados, guarden en el fondo un denominador clasista común: el apuntalamiento de lo esencial de las relaciones sociales de producción sustentadas en la explotación del hombre por el hombre; para lo cual, nada mejor que disimular o desvirtuar las leyes objetivas de la historia, lo medular de las categorías socioeconómicas y su interacción, mediante descripciones empiristas o pseudo materialistas, mediciones cuantitativo-estadísticas o análisis meramente "funcionales" sin base en un deslinde cualitativo previo de las variables que se cuantifican o relacionan. La sociología burguesa de la época del imperialismo deja traslucir con bastante nitidez el carácter ideológico-clasista de sus fatigosas acumulaciones de datos minuciosos, superficiales, y de sus interpretaciones mecanicistas y metafísicas, idealistas, en los planteamientos (más o menos eficaces u operativos sólo para el corto plazo, sí) del pragmatismo de tradición norteamericana, para el cual, hay que subrayarlo, no es la corrección del método y la veracidad de las premisas lo decisivo, sino el resultado beneficioso inmediato. Ya no se trata hoy, para la "ciencia" social burguesa de saber si tal o cual cosa es cierta o falsa, de penetrar con un método idóneo (acorde con la dialéctica objetiva del objeto) en sus causas económicas profundas, ni de prever y estimular los consiguientes procesos progresivos que acercarán a un futuro promisorio a la humanidad, sino de decidir, como lo denunciara Marx en las primeras páginas de *El Capital*, «si inmediatamente resultaba útil o funesta, cómoda o molesta, conforme o contraria a las ordenanzas de policía».

Dentro de ese contexto histórico-social e ideológico del mundo contemporáneo, en que la filosofía de la conveniencia suplanta a la captación sistemática, la investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones: la búsqueda de la esencia y leyes del movimiento de la base económica de la sociedad, emprendida valientemente desde un ángulo progresivo (que lo era el de la burguesía en ascenso revolucionario del siglo XVIII), adquiere una importancia de primer grado, importancia que, bajo ningún concepto, podría quedar subrayada por la mera conmemoración del alumbramiento editorial de una genial obra. La Economía Política de Smith no es exclusivamente teoría de antaño expresiva de la experiencia de un siglo ido, incipientemente manufacturero, sino es, en cuanto enraizada en los presupuestos históricos del presente y asimilados éstos parcialmente pero con la honestidad intelectual de "la Ilustración", una de las

columnas milares de la economía científica de ese ogaño posindustrial, umbral del socialismo.

Max Lerner,¹ desde posiciones antifascistas (hoy otra vez inaplazables) y oponiéndose a las tesis equivocadas de que nuestro autor hubiese sido sepultado prematuramente por sus enemigos antiliberales o por las exageraciones de sus epígonos librecambistas, vulgarmente *sayeanos* (o de nueva cuenta "smithianos" intemporales y metafísicos, agregaríamos), opinaba que el eminente clásico había expirado naturalmente al cambiar los asideros históricos de sus ideas, pues ahora lo que ha entrado en la orden del día no es el "despegue" del capitalismo, sino la construcción de la sociedad socialista, única base real de las libertades humanas y desarrollo plenario de la individualidad, única economía de pleno empleo y de bienestar material para las grandes mayorías. Lerner en su entusiasmo olvidaba que las personalidades históricas, en cuanto el pasado constituye la experiencia acumulada de la humanidad, son inmortales y guadoras si se sabe aprender de ellas tomando en cuenta el cambio de los tiempos, y también olvidaba, para mayor abundamiento, que las teorías smithianas no empece ciertos traspies empiristas y vacilaciones, dentro del gran hontanar de la Economía Política clásica con Petty, Ricardo, etcétera, engrosan con sus geniales vislumbres y varios innegables aciertos, uno de los tres grandes afluentes directos del marxismo (la Economía Clásica inglesa, la Filosofía clásica alemana y el socialismo francés), pues el genio de Marx estriba precisamente en haber dado soluciones a los problemas planteados antes de él por el pensamiento avanzado de la humanidad.²

Queremos decir, que el carácter científico de la Economía Política de Smith, como en general la de los clásicos, no ha periclitado, por más que haya sido depurado de subjetivismos y superado dialécticamente por Marx y Lenin, al llevar hasta sus más exactas consecuencias la teoría del valor-trabajo (el segundo, en condiciones monopolistas), la explicación del valor nuevo y la ganancia capitalista, y el juego de las leyes "naturales", no como tales, sino como leyes histórico-naturales enraizadas en los procesos productivo-sociales (eminentemente humanos).

Nosotros en este artículo no podremos abarcar todos los aspectos científico-sociales de la obra smithiana, ni menos profundizar en ellos, o desbaratar los desaciertos y las exageraciones racionalistas y plan-

¹ *Ahora o nunca*, Fondo de Cultura Económica, México, 1943.

² V. I. LENIN: *Marx, Engels, Marxismo*, Ed. Lenguas Extranjeras, Moscú, 1948.

teamientos ahistóricos que suelen imputársele (cabalmente sin sentido histórico), ¡porque no haya sido prematuramente materialista dialéctico en sus juicios y haya pensado sobre la realidad que lo envolvía con la mentalidad cartesiana o baconiana que imponía su tiempo...! Nos limitaremos a opinar de una manera general sobre los aspectos que, en nuestro criterio, son los más importantes de su obra desde un ángulo sociológico-materialista, como la relación base-superestructura, el método, las clases sociales y la individualidad.

Insistamos. Frente a las miopías de la sociología burguesa actual (idealista, pragmática o funcionalista), las concepciones de Smith (no obstante sus limitaciones y optimismos excesivos de clase y los balbuceos científicos de los economistas y filósofos predecesores, como digamos: Dudley North y John Locke), además de constituir el primer tratado sistemático de Economía Política, lo que ya de por sí es un gran mérito dentro de las ciencias sociales, recobran una enorme significación científica, sobre todo, por destacar el papel determinante del trabajo y las estructuras económicas en la organización y vida de la sociedad. El es uno de los más ínclitos fundadores del estudio científico del modo de producción (cimiento material de toda la sociedad, como sabemos ahora después de Marx) basado en el trabajo y estructurado por la división social de las labores, regido por leyes objetivas ("naturales") independientemente de la voluntad y el egoísmo individuales de los hombres; por más que no haya sino presentado, por razones históricas obvias y la insoslayable gradualidad y zigzagueos del proceso del conocimiento y la conciencia, las leyes sociológicas axiales y heurísticas de la interrelación dialéctica entre las formas de la economía y las superestructuras político-sociales, a partir del carácter determinante mediato de los procesos y relaciones productivo-distributivos y la lucha de clases, motor de la historia; ¡Habría sido demasiado pedirle que se percatara de que la racionalidad y mecanicismo, la racionalidad del hombre individual que esgrimía en sus argumentos, no eran sino la conducta burguesa elevada a principio lógico!

Pero en 1776 era ya un paso gigantesco y valiente señalar que «el trabajo anual de cada nación es el fondo que la surte originalmente de todas aquellas cosas necesarias y útiles para la vida [...] y que consisten siempre o en el producto inmediato de aquel trabajo, o en lo que con aquel producto se adquiere de las demás naciones», fondo que será proporcionado a las necesidades de consumo (para lección de los neomalthusianos de hoy) «por dos distintas circunstancias: la primera por la pericia, destreza y juicio con que se aplique generalmente su trabajo; y la segunda por la proporción que se guar-

da entre el número de los que se emplean en el trabajo útil y el de los que no están útilmente empleados.»³

Ahora bien, esas leyes sociológicas fundamentales y de valor hermenéutico del carácter determinante de la base material en la vida de la sociedad, a que aludíamos arriba, no eran ajenas totalmente al pensamiento de Adam Smith; las columbraba genialmente, no obstante su contaminación mecanicista. Hay algunas pruebas elocuentes de admirable intuición en su obra... «No es tan grande, como vulgarmente se cree, la diferencia de los talentos naturales de los hombres [...] las más de las veces es efecto y no causa de la división del trabajo» «...diré que la invención de aquellas máquinas que facilitan y abrevian el trabajo parece debida en su origen a la división del trabajo mismo»... «Una gran parte de las máquinas [...] fueron en su origen inventos de algún artesano, que embebido siempre en una simple operación, hizo conspirar todas sus ideas en busca del método y medio más fácil de hacerla y perfeccionarla» [...] «La diferencia entre los caracteres más desemejantes, como entre un filósofo y un esportillero, parece proceder no tanto de la naturaleza como del hábito, costumbre y educación».⁴

Era hasta cierto punto natural que Adam Smith tuviera estos atisbos geniales: la ciencia de su tiempo se nutría ante todo de la dinámica de la producción, por ejemplo: el empleo de máquinas «proporcionó a los grandes matemáticos de aquel tiempo puntos de apoyo prácticos y estímulos para la creación de la mecánica moderna».⁵ Y similar servicio prestó a los filósofos: no es casual que Smith haya escrito tanto la espiritual *Teoría de los sentimientos morales* como su investigación sobre la naturaleza y origen de la riqueza de las naciones, ni que, agreguemos, en el mismo período histórico: un siglo antes, a partir de lo empírico, a Torricelli se le haya revelado la presión atmosférica e inventara el barómetro y la bomba, y Harvey haya descubierto la circulación de la sangre y el papel del corazón. ¡Esos eran el espíritu y la lógica de la época!

En cuanto a las relaciones de la economía con proyectos humanos como la procreación y la felicidad, argumenta del modo siguiente, desde posiciones ingenuamente librecambistas es cierto, pero dando un mentís anticipado a los alarmistas de la «explosión demográfica» de McNamara y desbrozando las primeras veredas hacia la resolución concreta del problema poblacional (el progreso económico y la

³ Ver: *Riqueza de las naciones*, p. 41.

⁴ *Op. cit.*, pp. 49 y 55.

⁵ Iovchuk y otros *Compendio de historia de la filosofía* T. I., p. 160.

auténtica justicia social): «Así es como la escasez de hombres [para la industria], al modo de las mercancías, regula necesariamente la producción de la especie humana: la aviva cuando va lenta y la contiene cuando se aviva demasiado» [sin necesidad de anticonceptivos *a fortiori* ni políticas genocidas]. . . «Es digno también de notarse que el estado en que parece ser más feliz y soportable la condición del pobre trabajador, y la mayor parte del común pueblo, es aquel que se llama progresivo o en que la sociedad no cesa de adelantar. . . La condición del pobre es dura en el estado estacionario, o en que no adelanta ni atrasa la nación, y es miserablemente el decadente de la sociedad». «Los años de carestía que ha experimentado son, por lo general, años de epidemia y mortandades entre la gente común. . .» [como, diríamos ahora, en el subdesarrollo y la dependencia]. «La recompensa liberal y generosa del trabajo fomenta la propagación, anima y aumenta el pueblo industrial. Los salarios del trabajo son los estímulos de la industria, la cual, como cualquier otra cualidad del hombre civil, se perfecciona al paso que se fomenta».⁶

¡Claro que Adam Smith no podía sospechar, bajo los oropeles de la bisoña realidad capitalista de su tiempo, que la libre competencia tan alabada por él y tan indispensable en aquel entonces para el desarrollo de las fuerzas productivas, conduciría a la monopolización de las mercancías y al apareamiento de la superproducción relativa y el desempleo y el subempleo crónicos en masa (más en las áreas marginadas y dependientes), que darían la impresión de población sobrante e «inutilidad» e «inferioridad» de los oprimidos. Pero ello no impedía que intuyera que la concentración de la riqueza y el goce del tiempo libre por unos cuantos fueran altamente letales para el progreso de la sociedad: «La ociosidad de los que se sostienen a expensas de las rentas que se gastan, corrompe la actividad e industria de los que debieran mantenerse con el empleo de los fondos, y hace que este mismo empleo sea allí menos ventajoso que en otras partes».⁷

Y el carácter decisivo de la base económica, aún no bien definida como tal en el pensamiento smithiano, ¡claro!, traspasa los límites de la economía interna y se manifiesta hasta en las relaciones y conflictos internacionales: «Los ejércitos y las armas no se sustentan con el oro ni con la plata, sino con las provisiones consumibles. . . las rentas de sus tierras y del trabajo. . .».⁸ El optimismo burgués de

Adam Smith, desde luego, no se plantea ni por asomo la relación de causalidad que hay entre el estallido de las guerras y la expansión del capitalismo, por más que sí bordea el asunto aquí y también al establecer la diferencia entre la colonización en el mundo antiguo (los excesos de población en busca de asentamiento colonial, pero sin cortar la vinculación gentilicia o nacional con la ciudad-Estado madre. . .)⁹ y en el mundo moderno, en que «. . . la esperanza de encontrar en ellos inmensos tesoros fue el interés político que puso en movimiento a aquella empresa».¹⁰

Otro de los aspectos que más confirman el carácter científico de la Economía Política de Smith, lo constituye su método. Para entender a cabalidad el valor de las aportaciones metodológicas de Adam Smith (y quizá de los clásicos en su conjunto), hay que recordar que la Economía Política, al igual que todas las ciencias sociales, en la época daba los primeros pasos y, por ende, había de tomar préstamos de otras disciplinas más avanzadas en tiempo, tal el caso de las naturales y filosóficas; no podía de una sola vez tener despierto un interés propio por depurar sin eclecticismos ni vacilaciones los procedimientos metodológicos en su campo a la manera de las ciencias ya formadas, como bien lo subraya Zurawicki.¹¹ Lo primero que hay que destacar de su metodología es que no obstante su racionalismo (*cartesiano* y burgués), no extrae sus conclusiones del magín o de modelos «puros»: por procedimientos mecánicamente deductivos y a partir de premisas prejuiciosamente aceptadas, digamos: «la naturaleza humana» posterior de los «neoclásicos» y vulgarizadores subjetivistas de finales del siglo XIX para acá, sino muy a menudo (por sistema, diría yo) *baconiana* o *lockeanamente* recurre al aval de los hechos de la historia, a ratos narrados con la prolijidad del que induce o citados con la parquedad del que busca confirmar una tesis previamente deducida de la esencia de las cosas o simplemente considerada «más probable». Esta búsqueda de apoyo de la teoría en los hechos o en la probabilidad, puede constatarse a través de toda la *Investigación de la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones* (al estudiar, *verbigracia*, la división del trabajo, la moneda, la renta de la tierra, la colonización, etcétera). Smith, como subraya Zurawicki «trata de analizar los factores que ora aceleraban ora frenaban el incremento de la riqueza nacional,

⁶ *Op. cit.*, pp. 124-127.

⁷ *Op. cit.*, T. II, p. 175.

⁸ *Op. cit.*, T. III, p. 331.

⁹ *Riqueza de las naciones* T. II, p. 327.

¹⁰ *Ibidem*, p. 331.

¹¹ SEWERYN ZURAWICKI, *Problemas metodológicos de las ciencias económicas*, México, Ed. Nuestro Tiempo.

confrontando su método de investigación con el modo de proceder de los mercantilistas y con el de los fisiócratas. No está satisfecho ni del empirismo de los primeros ni del racionalismo de los segundos.¹² En su argumentación lógico-deductiva, enjundiosa aunque no siempre consecuente con la central teoría del valor-trabajo (tragedia derivada, como es sabido, de no haber logrado discriminar entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor creado por el trabajo, entre la fuerza de trabajo y el trabajo), se imbrican las citas de los sucesos históricos con los hallazgos y vislumbres teóricos, por más que no raras veces apenas si plantea, sin lograr resolver, cuestiones económico-sociales que más tarde maduraron o solucionaron Ricardo, Marx y sus más consecuentes seguidores, como Lenin. Es oportuno advertir, sin embargo, que la verdad histórica para Smith o es pasado o es actualidad que ilustran al observador, pero nunca es *proceso dialéctico*, génesis y conformación hacia algo nuevo y superior. Toda la anterior evolución de la humanidad y de las ideas (sobre todo las mercantilistas) las considera como pasos perdidos y antesala del capitalismo, éste, culminación de la civilización humana y virtual solución de todos sus problemas, siempre y cuando se obedezcan las leyes «naturales». Su método, pues, no es histórico, por más que frecuentemente recurra a los hechos históricos, y, no empece, el mismo lo lleva a descubrir algunas relaciones objetivas, internas de los fenómenos, que le permiten generalizar y deducir con elocuencia conceptos que a dos siglos de distancia todavía admiramos.

Opina Zurawicki¹³ que el método de Smith se limita a los aspectos cuantitativos sin distinguir bien que las relaciones económicas son relaciones entre personas y no entre cosas; que aunque sea verdad que «voltea» las distintas categorías en muchas de sus partes, las acepta en su estado final [burgués]. Nosotros no estamos de acuerdo enteramente con esta interpretación unilateral. Un análisis primordialmente cuantitativista, como el que se le supone a Smith, no explicaría sus aportes a la teoría del valor-trabajo, que tiene aspectos cualitativos obvios,¹⁴ ni su contribución a la delimitación del campo de la Economía, como ciencia «Política», la importancia que

¹² *Op. cit.*, p. 154.

¹³ *Op. cit.*, p. 155.

¹⁴ Una cosa es, en efecto, que la fuente del valor sea la cantidad de trabajo abstracto socialmente necesario y otra cosa es el método analítico de la cualidad o esencia de las relaciones económicas y del trabajo, que permite descubrir tal cosa (JOP).

le concede a la división del trabajo como factor conformante y potenciador de las fuerzas sociales de la producción, ni tampoco daría cuenta con su preocupación (contenida en la «Introducción y Plan de la Obra», nada menos) sobre «las causas de este ventajoso adelantamiento en las facultades o principios productivos del trabajo, y el orden con que se distribuye su producto en las diferentes clases y condiciones de la sociedad...».¹⁵ Es verdad sí que Smith, dada su inclinación individualista, cuya dimensión y sentido más adelante veremos, no distingue satisfactoriamente las relaciones sociales de producción y por lo mismo es víctima a menudo de las apariencias fetichizantes.

Por ello, no obstante los desacuerdos recién señalados coincidimos con Zurawicki en que a menudo la esencia y la forma exterior de los fenómenos son para Smith equivalentes y que, por lo mismo, no puede avanzar después en la solución de las cuestiones que de alguna manera antes había logrado plantear en la dirección correcta, *verbigracia*: la del trabajo como fuente de valor en una sociedad desarrollada, rompecabezas que le hace recurrir al auxilio desorbitado de la hoy tan manida oferta y demanda. Que ve en las categorías de la economía burguesa formas acabadas, también es cierto, pero ello, a más de una explicación de clase, tiene un origen histórico muy concreto: en una época en que iba en franco ascenso el capitalismo como régimen nuevo, aún no estaban maduras las condiciones ni agudizadas suficientemente las contradicciones principales como para que fuese visible con cierta nitidez que, después del modo de producción capitalista, sólo sería viable una sociedad sin propiedad privada de los medios productivos ni explotación del hombre por el hombre. Para que la bruma se disipara y tal cosa adquiriera el rango de verdad científica demostrable, excepto para los demasiado reaccionarios, se necesitaban los huracanes de casi un siglo de despliegue capitalista y el rayo inquisitivo y analítico de un astro luminoso como Carlos Marx.

Y vamos a otro aspecto. No es inopinado que numerosos sociólogos empiristas de nuestros días soslayan, disimulen o tergiversen las categorías de clase y de relación de clase; que voceros del imperio, como Freedman, digamos, al definir las clases sociales, traigan a cuento, en vez de la esencia, una balumba enceguedora de elementos secundarios: los intereses comunes, la proximidad geográfica, los factores biológicos y psicológicos, etcétera.¹⁶ Se explica

¹⁵ *Riqueza de las naciones*, T. I, p. 42.

¹⁶ G. V. OSIPOV, *Problemas Teóricos y metodológicos*, México, Ed. Nuestro Tiempo, p. 159.

porque la definición de las clases sociales y las relaciones de clase como «innumerables personas que se integran por la forma de propiedad sobre los medios productivos, la posición y función que guardan dentro del modo de producción y las maneras de crear valor y obtener ingreso», constituye, además de una necesidad científica, un instrumento de lucha revolucionaria de primer orden para denunciar la explotación del hombre por el hombre y hallar los caminos concretos más certeros para la liberación de los pueblos.

Ello nos conduce a concluir que, si Smith, en cuanto a la problemática de las clases sociales apunta al meollo económico del asunto dentro de la formación social capitalista premonopolista, pese a la deficiencia de sus definiciones se sitúa aún doscientos años después en la vanguardia de los científicos sociales. ¿Pero es que no fue sólo la inmadurez de la economía capitalista de su tiempo, sino también sus limitaciones burguesas, las que no lo dejaron avanzar más tarde en este campo? ¿Es banal especular en este sentido, máxime si estamos conscientes de que el capitalismo de los siglos xvii a principios del xviii era un modo de producción progresivo que, por estar apenas recién preñado de la contradicción fundamental entre la producción social y la apropiación individual, sin agudizaciones mortales todavía, no tenía por que llenar de temores y sí de optimismo a sus teóricos! Y, por otra parte, únicamente quienes no han buscado la verdad científica, como sí lo hizo Smith, sino la conveniencia circunstancial o pragmática, pueden dejar de desempeñar una función constructiva y de ocupar un lugar honroso en la enconada y definitiva lucha ideológica y revolucionaria de nuestros días. Smith jamás se colocó en el bando de los falsificadores, ciencia-puristas o neutrales («infames» los llamó Solón), a la manera de quienes hoy pretenden seguirlo resurrecto, sin sentido histórico. ¡Combatió en las nuevas trincheras de su tiempo contra el viejo régimen mercantilista, al lado de las innovadoras fuerzas económico-sociales e ideológicas antifeudales que emergían: no era socialista ni lo podía ser exactamente, pues el socialismo científico no estaba aún a la orden del día históricamente hablando; era un liberal vigoroso de la época de la revolución industrial y las insurgencias burguesas: uno de los constructores de una de las más sólidas columnas del socialismo: la Economía científica.

Pero, regresemos al punto: ¿Qué nos dice de las clases sociales?:

«Todo el producto anual de la tierra y del trabajo de la nación [...] se divide o se resuelve, como hemos dicho en otro lugar, en tres partes originales [...]. Por consiguiente, constituye ren-

tas, salarios o ingresos de utilidad a tres diferentes clases de gentes: a los que viven de rentas, a los que se mantienen de salarios y a los que se sustentan de ganancias. Estas son las clases originarias y principales partes componentes de toda sociedad civilizada [capitalista, se entiende], de cuyas rentas cualquier otra clase subalterna deriva su modo de vivir y mantenimiento».¹⁷

Y al revés de como suele interpretarse, no queda esto como una simple teoría de la distribución (equivocada en cuanto no ve claramente el papel de la plusvalía y su fuente en el plustrabajo). Adam Smith proyecta su intuición más lejos todavía: después de acusar a la clase de rentista (terrateniente) de indolente por efecto de «la conveniencia y seguridad de su situación», que la vuelve ignorante e incapaz, y antes de decirnos de los capitalistas que «medran de las ganancias» y sólo se preocupan de las ganancias y de engañar al público en su beneficio, oponiéndose frontalmente en algunos aspectos al beneficio común, llama la atención de manera contundente y progresista sobre que el interés de la clase trabajadora (recordemos que para él el trabajo es la única fuente de valor y de «ganancias») «es el mismo que el de toda la sociedad», aunque, agrega con criterio burgués (no falta de razón histórica para la época), que tal clase trabajadora es «incapaz de comprender los intereses públicos, ni la conexión que el suyo tiene con ellos. *Su condición no le deja el tiempo suficiente para imbuirse en las ideas y conocimientos necesarios para ello*».¹⁸ [Subrayado nuestro ¿No es genial esta intuición de la teoría materialista de la enajenación y del disfrute clasista (por los ociosos propietarios) del tiempo libre?]. . . . Por tanto, en los gobiernos populares es muy poco atendida la voz de semejantes gentes. . . .» Desde luego, señalemos, no es esa la única razón del trato no democrá-

¹⁷ *Op. cit.*, T. I, pp. 316 y 317.

¹⁸ . . .viven de las ganancias. «Todo caudal, capital o fondo, se emplea para ganar, y la ganancia es el resorte que pone en movimiento la mayor parte del trabajo útil de toda la sociedad [...]. Por tanto, el interés de esta tercera clase no tiene la misma conexión con el público de la sociedad que el de las otras dos [...], aunque conoce los intereses públicos y su práctico interés y . . . Con este superior conocimiento práctico suelen alucinar al público, induciéndole a creer que miran más por el interés común que por el particular de cada uno de ellos. [Pero] Los intereses de los que trafican en ciertas negociaciones particulares o manufactureras, en algunos respectos, no sólo son diferentes, sino enteramente opuestos al beneficio común» (*Op. cit.*, T. I, pp. 317-319.)

tico que les da a los trabajadores una dictadura de clase, ¡a lo que se reduce al final de cuentas el Estado capitalista!

No obstante éste y otros juicios de la obra de Adam Smith en que se revelan inquietudes por lo social, y la óptica, digámoslo así, macroeconómica, de la *Naturaleza y Causas de la Riqueza de las Naciones*, suele atribuírsele a nuestro autor un exagerado individualismo, incompatible con un enfoque científico de los procesos productivo-distributivos. Por lo mismo, es obligado detenerse un poco en la caracterización del individualismo smithiano, señalando sus causas más generales.

En primer lugar, hay que recordar concediéndole al hecho todo su valor informativo y formativo, que Adam Smith se desenvuelve inmerso en el período trascendental de las primeras revoluciones burguesas, un período de los más relevantes y fecundos para el avance del pensamiento humano, los intereses de una nueva clase en ascenso, la burguesía, coincidían con las aspiraciones fundamentales de toda la sociedad. Su "liberalismo", queremos decir, no era casual de ninguna manera; era parte del ambiente histórico, asentado sobre un desarrollo sin precedentes de las fuerzas productivas, del mercado interno y las empresas singulares en las diversas ramas de la producción, pudiendo cada quien "elegir" (hasta cierto punto) sus propias finalidades y los medios para lograrlas. Así, el individualismo, la creencia en leyes naturales o manos reguladoras invisibles, la conjugación en principio de los intereses del egoísmo privado con los intereses colectivos, etcétera, dentro de su contexto histórico, jamás podrían confundirse con las concepciones individualistas ahistóricas de hoy o con la preferencia por los modelos matemáticos "puros" de análisis, la ceguera empecinada ante las contradicciones entre la producción social y la apropiación individual y monopolista, la preocupación obsesiva por la optimización de las ganancias apareadas a la insensibilidad ante el desempleo masivo y la miseria, etcétera, actitudes todas definitorias de las corrientes gran-burguesas de la teoría económica y la sociología seudo científicas de esta época de la confrontación definitiva entre el estertóreo capitalismo y el novel pero ya vigoroso socialismo.

Las ideas liberal-individualistas de Adam Smith, en la edad de oro de los derechos del hombre y del hundimiento del feudalismo, nada tienen que ver con aquella subjetiva y metafísica elección entre usos alternativos de bienes escasos, de que hablan los economistas posclásicos, como base de su "ciencia" apologética. La solidaridad de los hombres a partir de las condiciones mismas de la división del trabajo; la búsqueda afanosa de las leyes naturales y espontáneas

del movimiento "macro" de la producción, la fe científica en la capacidad creativa del trabajo, la explicación, digamos, de la formación de los precios de mercado mediante el regateo individual pero alrededor del «precio natural» o valor-trabajo, la organización y sistematización de los conocimientos y las realidades históricas: su método deductivo nunca divorciado de la observación empírica y siempre contrario a la interpretación escolástica; todo esto, que campea en los cinco libros y el apéndice de la *Riqueza de las Naciones*: en su teoría económica y en el análisis de los progresos de la civilización europea; todo eso, que está presente en su oposición demoledora al mercantilismo y su crítica penetrante a la fisiocracia, para sobreponer las fuerzas productivas humanas a la interpretación naturalista del *producto neto*, demuestra que el naciente individualismo de Smith guarda grandes distancias históricas con el individualismo degenerado de hoy y debe verse como parte del surgimiento impetuoso de la burguesía progresista y revolucionaria de los siglos xvii-xviii. Entonces, el rápido desarrollo de la manufactura y el maquinismo, los transportes y las ciudades modernas, la decadencia del medievalismo y el despliegue de las nuevas formas de comercio, etcétera, se entrelazaban con las iniciativas e ideas de una pléyade de filósofos, políticos y científicos humanistas, como Hobbes, Locke, Hume, Holbach, Rousseau, Black, Hutton y decenas más. Bien observaba Marx, al subrayar la enorme significación para el mundo de las primeras revoluciones burguesas como la holandesa, la inglesa y la francesa, que «no representaban [simplemente] el triunfo de una determinada clase de la sociedad sobre el viejo régimen político; eran la proclamación de un régimen político para la nueva sociedad europea. En ellas había triunfado la burguesía; pero la victoria de la burguesía significaba entonces el triunfo de un nuevo régimen, el triunfo de la propiedad burguesa sobre la propiedad feudal, de la nación sobre el provincialismo, de la concurrencia sobre los gremios, de la participación sobre el mayorazgo, del sometimiento de la tierra al propietario sobre el sometimiento del propietario a la tierra, de la ilustración sobre la superstición, de la familia sobre el linaje, de la industria sobre la pereza heroica, del derecho burgués sobre los privilegios medievales».¹⁹ Y aún más. La razón de tan invocado individualismo smithiano debe buscarse, antes que en las preferencias subjetivas de este pionero de la Economía y la Sociología científicas, en su captación exacta de las características inmediatas de la realidad social

¹⁹ C. MARX y F. ENGELS, "La Burguesía y la Contrarrevolución", *Obras escogidas*, Moscú, 1951.

misma de su tiempo; por más que no haya podido nuestro autor explicarse desde sus causas profundas, todavía en aquél entonces insuficientemente manifestadas dado el grado incipiente del desarrollo de las relaciones sociales de producción capitalista y la inmadurez de las contradicciones que, más tarde, pondrían al descubierto las entrañas expoliadoras del nuevo régimen y su carácter históricamente perecedero, tan brillantemente analizados por Marx y Engels en *El manifiesto comunista* y en *El Capital*.

Un individualismo egoísta y trasnochado que radica su ciencia y felicidad en la optimación de ganancias y la maximación de la producción según las conveniencias del mercado, en las escaseces artificiales, el control monopolista, la agresión, los exterminios masivos de la población "sobrante", etcétera, es incompatible con la mentalidad de un hombre que ha postulado la fuerza creativa del trabajo y el aumento de la población trabajadora como fuentes de valor y bienestar, que ha descubierto el poder social creativo de la división social de labores y la colaboración en las faenas, que ha buscado los motivos de la solidaridad humana en las constantes relaciones económicas de los hombres.

En la época clásica del siglo XVIII, insistimos, las formas nuevas apenas iniciaban su marcha histórica y, por ende, no podía distinguirse todavía el movimiento dialéctico que las llevaría a revelar en su fase madura las profundas contradicciones clasistas basadas en la explotación del hombre por el hombre que las carcomían y que las conducirían a su autodestrucción y el alumbramiento de una sociedad genuinamente solidaria, favorecedora del desarrollo humano pleno y multilateral, sin las deformaciones que conlleva la división clasista del trabajo y el acaparamiento del tiempo libre y el ocio por unos cuantos propietarios voraces y sus servidores directos o indirectos. Sin embargo, el estudio de la estructura social dio con él un sólido paso, que se agranda si tenemos presente las ideas anteriores en cuanto al «tercer estado» único (frente a la nobleza y el clero), las contradicciones ingenuas y moralistas entre ricos y pobres (que otra vez han resucitado) y la ignorancia casi absoluta del origen del valor y, ergo, de la fuerza social productiva de la división del trabajo. Adam Smith no únicamente inició el análisis científico de esta problemática, sino que además sentó las bases firmes para la construcción de una sociología científica: el descubrimiento de la producción y el trabajo como esfera fundamental en la vida humana y asiento de las clases sociales (trabajadores, dueños de los «fondos» o capitalistas y rentistas de la tierra, según su terminología). No corresponde a Smith la responsabilidad por la posterior exageración o absolutización de la

división social del trabajo como hecho clave para el análisis del acontecer social, a la manera de las escuelas funcionalistas o estructural-funcionalistas de inspiración durkheimiana. En este sentido, Adam Smith ha sido menos burgués que sus seguidores: algunos, incluso, lo tildan de pequeño-burgués o reformista.²⁰ Pero no correspondía a nuestro autor, científicamente hablando, el planteamiento de la destrucción de la sociedad capitalista por métodos marcados por el propio movimiento de la realidad objetiva. La sociedad capitalista era una cosa nueva y superior con respecto al régimen feudal tradicional; en ella no se había aún escindido la unidad en términos claramente opuestos. El sólo estudiarla como aparecía, con seriedad, era, por ende, sabio y progresivo, aunque no se llegara al análisis dialéctico.

Empero, volvamos al decantado individualismo de Smith; decíamos, más fruto de su genio investigador que de sus inclinaciones ideológicas ¿Qué sucedía en la sociedad capitalista de su tiempo, que nos permitiera afirmar tal cosa? A partir del capitalismo mercantil, en el seno de la baja edad media, se habían desarrollado herramientas más eficientes y posibilitado la consiguiente producción e intercambios singulares de mercancías en los mercados en expansión, y, con ello, se había conformado la materialista personalidad del «homo economicus» y, aunque (como observará Marx) más tarde la manufactura y la gran industria tendieran a encadenar en un solo gran proceso productivo-social a todas las empresas individuales, a todas las divisiones y subdivisiones dispersas del trabajo, a todas las condiciones de existencia social, bajo dos parámetros decisivos: la propiedad privada y el trabajo; con el desarrollo del dinero como medio de cambio general se afirma en el plano fenoménico como algo fortuito y relativamente voluntario todas las formas de intercambio mismo: ¡Nos sale al encuentro la famosa elección entre alternativas limitadas por individuos propietarios de los fondos o de sus fuerzas de trabajo!

Es cierto que con la división social del trabajo y de las labores, los «individuos» (en el fondo cambistas de mercancías, hijos del desarrollo de la producción privada y los mercados) quedan absorbidos por condiciones de mutua dependencia: por una solidaridad impuesta, aunque toda la gente continúe velando por su egoísta interés (éste desde luego favorecido por el mismo despliegue de la producción y las relaciones sociales capitalistas derivadas). Pero también es verdad que la multiplicación de estas alternativas de cambio

²⁰ VIDE FRANTSOV, *El pensamiento social. Su trayectoria histórica*, p. 110.

y de competencia, al ritmo del avance de las fuerzas productivas, (por estar encubiertas sus bases materiales por los movimientos aparentemente azarosos del dinero y el capital, la ruina de los artesanos y campesinos menos audaces y el empleo de más y más trabajadores en empresas de nuevo tipo), dan la impresión de que el individuo con "iniciativa" es o será el nuevo héroe del mundo, el hacedor voluntarioso de todo.

O sea que, como analiza muy bien Marx, nos topamos con dos hechos dialécticamente contradictorios y sólo aparentemente discretos: a) «vemos que las fuerzas productivas *aparecen* como fuerzas totalmente independientes y separadas de los individuos, como mundo propio al lado de éstos, lo que tiene su razón de ser en el hecho de que los individuos, cuyas fuerzas son aquéllas, existen diseminados y en contraposición los unos a los otros; b) al paso que estas fuerzas sólo son fuerzas reales y verdaderas en el intercambio y la cohesión entre los individuos.²¹ Ambos fenómenos los distinguió de una u otra manera Smith, como lo demuestra su obra en cuanto a competencia y leyes naturales. Fue gran proeza suya no caer en las conclusiones engañosas de los campeones neoclásicos posteriores de la elección subjetiva entre alternativas escasas y más o menos casuales, y mantenerse fundamentalmente en los enfoques clásicos, valga decir, macroeconómicos. Distinguió ambos fenómenos, pero no pudo encontrar su ligazón interna, la causa esencial de su contradicción aparentemente insoluble: la producción social a la par de la apropiación individual. Por lo mismo, tuvo que recurrir a explicar las cosas desde un punto de vista externo, mecanicista: el movimiento espontáneo de los individuos, egoístas, causando, no obstante, la solidaridad; la división del trabajo aumentando invariablemente la fuerza productivo-social, no empece la unilateralización o cercenamiento de la humanidad a que la misma división de las labores conduce, y las leyes «naturales» pesando fatalmente sobre la sociedad.

Adam Smith no vio ni podía ver que, sin embargo de la irrepetibilidad del individuo humano (y su conciencia) en cuanto ser singular, es sobre todo un producto de la sociedad y de la conciencia social: es un resultado de la conjugación de las relaciones sociales que lo envuelven y condicionan, que le permiten participar como sujeto con voluntad «propia» pero que, al mismo tiempo, lo subordinan a las leyes histórico-sociales que corresponden. No vio que pese a la relativa autonomía individual, las nuevas alternativas que en su hori-

²¹ VIDE CARLOS MARX y F. ENGELS, *Escritos económicos varios*, México, Ed. Grijalbo, p. 140.

zonte se abren y los zigzagueos de la práctica humana, y el mismo individuo, son resultado histórico concreto: se es esclavista o esclavo, señor o siervo, burgués o proletario ante cierto medio: ¡No hay individuo y su mundo en abstracto, por más que la apariencia así lo diga! No se percató que el egoísmo y voracidad de los dueños de los medios productivos o de los fondos (a quienes no raras veces censuró) son producto del hecho de que tales dueños, dentro de un sistema en que la producción se ha socializado, necesitan controlar al máximo las fuerzas productivas existentes para asegurar su sobrevivencia de clase: la disyuntiva es empobrecerse y proletarizarse, caer en el sórdido mundo del trabajo que ellos usufructúan y empeoran.

Y como no vio ni pudo ver todo eso, y ni siquiera se planteó una solución distinta de la que le estaba proporcionando la historia, pues no era utopista sino científico, no logró vislumbrar tan sólo en algo que la competencia individual, la concentración y centralización del capital, la interdependencia creciente de los procesos productivos, dos siglos más tarde, tenían que conducir a la humanidad entera hacia una auténtica solidaridad social, a formas colectivas de producción y apropiación y de uso de todos los bienes, al goce constructivo del tiempo libre por todos los hombres multilateralmente desarrollados, sin los cercenamientos de la división social del trabajo capitalista. Tenían que conducir revolucionariamente al socialismo, en una palabra, a un régimen opuesto a aquel nuevo que él defendía entonces frente a lo caduco y feudal.

No distinguió todo eso ni muchas otras cosas más, es verdad; pero, de una u otra manera, las ciencias sociales siguen en deuda con Smith, tanto por algunas verdades fundamentales que descubrió, las nuevas rutas metodológicas y de investigación que exploró en sus planteamientos (aunque éstos en gran medida quedaran a medias, exigiendo redoblada atención de sus sucesores), como por los yerros mercantilistas y fisiocráticos que desbarató para siempre.

La validez de la Economía Política de Adam Smith como ciencia social, al ser juzgada en su momento y perspectiva históricos, concluimos, queda fuera de toda duda.

SUMMARY: The author points out that Smith is basically different to neo-classics, so he bases his study on society in an analysis of the mode of production and his method is not the deduction

RÉSUMÉ: L'auteur montre que l'économie politique d'Adam Smith est fondamentalement différente à celle des néo-classiques: d'abord parce que son analyse de la société part de l'étude du mo-

based on «accepted prejudic premises» but on facts. Furthermore, the Smith' sociological analysis leads to a materialist concept of social classes and to individualism as a part of the political ideologies of a class that in his time realizing change in the society; in these matters Smith represents the other side of "social sciences" inspired by the bourgeoisie.

de de production, ensuite parce que la méthode smithienne n'est pas fait de déductions construites sur «premises prejudiceusement acceptées», tout au contraire, il observait des faits. D'autre part, l'analyse sociale de Smith arrive à une conception matérialiste des classes sociales et l'individualisme qui faisait part du fond idéologic politique de la classe sociale qui à son temps réalisait un changement dans la société; en ce qui concerne cet aspect Smith se situe complètement en face de la science sociale de la bourgeoisie actuelle.